

¿El ‘sabio’ o el ‘traidor’? Gregorio Marañón entre los intelectuales de Uruguay (Montevideo, 1937)

Niall BINNS

Departamento de Filología Española IV
Universidad Complutense de Madrid
nbinns@filol.ucm.es

RESUMEN

A finales de 1936, Gregorio Marañón –que pasó los primeros meses de la Guerra Civil en Madrid– logró salir de España e instalarse en París, donde empezó a formular virulentas críticas contra la República. En marzo y abril de 1937, gracias a una invitación del Ministro de Salud Pública de Uruguay, pasó varias semanas en el Cono Sur. A su llegada a Montevideo, fue acogido por la dictadura de Gabriel Terra y algún escritor “del régimen”, pero vituperado por la oposición y por la mayoría de los intelectuales. Examinar el impacto que tuvo Marañón en Montevideo permite conocer mejor una etapa decisiva en su biografía intelectual; ofrece, también, una radiografía iluminadora del campo intelectual uruguayo, altamente politizado y muy pendiente de los acontecimientos españoles. Intervienen, en el debate de ideas referido a Marañón, intelectuales de la talla de Carlos Reyles, Emilio Frugoni, Elías Castelnuovo, Carlos Quijano y Fernán Silva Valdés.

Palabras clave: Gregorio Marañón, literatura uruguaya, guerra civil española.

The ‘Wise Man’ or the ‘Traitor’? Gregorio Marañón with the intellectuals
of Uruguay (Montevideo, 1937)

ABSTRACT

In December 1936, Gregorio Marañón –who had spent the first months of the Civil War in Madrid– managed to leave Spain and began to publish in Paris virulent attacks against the Republic. In March and April 1937, thanks to an invitation from the Uruguayan Health Minister, he spent several weeks in Uruguay, Argentina and Chile. On arriving in Montevideo, he was given a warm welcome by dictator Gabriel Terra and pro-government writers,

but was attacked by the opposition and by the majority of intellectuals. A study of Marañón's impact in Montevideo permits a deeper understanding of a decisive period of his intellectual biography; it also offers an illuminating insight into the Uruguayan intellectual field, which was highly politicised and passionately aware of events in Spain. Intellectuals as important as Carlos Reyles, Emilio Frugoni, Elías Castelnuovo, Carlos Quijano and Fernán Silva Valdés intervene in the debate over the figure of Marañón.

Key words: Gregorio Marañón, Uruguayan literature, Spanish Civil War.

En mayo de 1937, recién llegado a París después de una gira de conferencias por el Cono Sur y Brasil, Gregorio Marañón escribió en una carta: "Mi viaje a América ha sido admirable. Sé que no por mí, sino por lo que representaba, la gente [...] se ha excedido en el entusiasmo. En cuarenta días en que he estado allí he dado ¡44 conferencias!" (Gómez-Santos 1971: 358)¹. En Uruguay, uno de los cuatro países visitados, hubo, sin embargo, no sólo entusiasmo, sino polémica y ardientes protestas de intelectuales y estudiantes, porque: ¿qué era, exactamente, "lo que representaba" Marañón? Más allá de su prestigio como científico, y por mucho que negaran los organizadores del viaje el carácter político de la invitación, pesaba la postura del científico sobre la República española y la Guerra Civil, una postura que había cambiado radicalmente después de que abandonara España a finales de 1936. Por eso, mientras algunos lo celebraban como el "sabio Marañón" y un "emblema de la raza", para otros –muchos más– era un "Judas", un traidor a la República que se había vendido al "fascismo". En Uruguay, cuyo gobierno cursó la invitación y recibió al científico con grandes honores, la visita fue un acontecimiento central. Sirvió para legitimar una política gubernamental favorable a Franco y dio lugar en la prensa, y en un campo intelectual altamente politizado, a un crispado debate en torno a Marañón.

El presidente de Uruguay, Gabriel Terra, que se había convertido en dictador después de un golpe de estado en 1933, simpatizó desde el comienzo con la sublevación militar de Franco, pero hubo un masivo apoyo popular para la República y para lo que se entendía como su defensa de la civilización frente a la barbarie fascista.

A finales de julio de 1936, un manifiesto "lealista" firmado en Madrid por diez prestigiosos intelectuales liberales fue divulgado en Uruguay por la prensa ant gubernamental. No podía haber un ataque más contundente a la línea "terrorista" sobre la Guerra Civil. Allí estaban, entre los firmantes, tres de los "padres" de la República: José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala. Pero este golpe propagandístico duró poco. Sucedió lo que se ha llamado la "capitulación de los maestros" (Gracia 2004: 46). Abandonaron España, para instalarse en París y

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación "El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica" (HUM2007-64910/FILO), financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia de España.

distanciarse para siempre de la República, Ortega y Gasset el 31 de agosto y Pérez de Ayala el 4 de septiembre de 1936. Habían vivido en Madrid —en palabras de Andrés Trapiello— el drama de “ser liberal en un mundo que no aceptaba los liberalismos” (Trapiello 1994: 74), y entre dos males el menor, para ellos, terminó siendo el orden y el respeto férreo a la tradición hispana prometidos por Franco. Quedaba aún Marañón, y la prensa prorrepblicana proclamaba su lealtad a los cuatro vientos. El diario *ABC* de Madrid publicó la respuesta del científico a una invitación del Ministro de Salud Público de Uruguay, Juan César Mussi Fournier, para que viajara a Montevideo: “Agradecidísimo honrosa distinción [contestó]. Mi deber de español es quedarme en España. —Marañón” (Redondo 1993: 48).

Pero la lealtad y los deberes de Marañón eran pura fachada. En cuanto pudo, en la última semana de diciembre de 1936, abandonó España y, recién instalado en París, no tardó en confesar públicamente el “error” de su apoyo a la República —“He sido engañado. Me he equivocado”, declaró en *Le Petit Parisien* (Redondo 1993: 305).

Al enterarse de este cambio, el ministro Mussi Fournier reiteró su invitación de octubre, y el 5 de febrero de 1937 el diario oficialista *El Pueblo* —cuyo dueño era el propio presidente Gabriel Terra— anunció la inminente visita a Montevideo del español. Una semana después, publicó una primicia: “Ante la más monstruosa de las pedanterías del crimen”, un artículo escrito exclusivamente para *El Pueblo*. Se trataba, por primera vez en América, de un testimonio explícito del nuevo Marañón, en el que declaraba que en manos del Frente Popular “la España liberal, cordial y clara que deseamos unos cuantos, ha muerto”. Casi todos los antiguos republicanos, decía, habían salido de España, “unos con el pretexto de cargos diplomáticos, otros exhibiendo, lealmente y sin sueldos, su desilusión”; por lo cual, “hoy quedan en la España roja, exclusivamente los marxistas y sus prisioneros” (Marañón 1937: 16).

Evidentemente, el artículo de Marañón —un hombre cuyo prestigio republicano había sido coreado por la izquierda durante los primeros meses de la Guerra Civil— sirvió para refrendar la política española del presidente Terra. El enemigo era, en efecto, el comunismo, y ese enemigo no se limitaba al campo de batalla de la península: también existía en Uruguay. Para la prensa de la oposición y los intelectuales de izquierda, en cambio, el artículo fue visto como una agresión. El poeta y dirigente socialista Emilio Frugoni, que había sido encarcelado y exiliado después del golpe de estado de 1933, se declaró asombrado por el silencio de Marañón respecto a la alianza militar de Franco con Italia y Alemania (Frugoni 1937: 4). Mientras tanto, el dramaturgo Atahualpa del Cioppo auguraba una tórrida recepción de Marañón en Uruguay (Del Cioppo 1937: 7).

Las noticias iban y venían con rapidez entre Montevideo y Buenos Aires, donde el novelista uruguayo Elías Castelnuovo escribió con sorna sobre las “mudanzas de Gregorio Marañón”. No había nada extraño, decía, en los cambios del científico. Marañón, como Unamuno, era un caso típico del intelectual burgués que se pasa a las “filas del pueblo”. “Se va a la Meca por convicción y se va a la Meca por turismo”; pues lo mismo sucedía, según Castelnuovo, con Moscú y la revolución, a los que solían acudir los intelectuales más por “un acto de fe o de filantropía” que por reflexión y verdadera solidaridad. De ahí la precariedad de su compromiso, la lige-

reza de sus mudanzas de opinión; de ahí, también, que “cuando confirman que la revolución no es una comedia para aburridos y degenerados, sufran ulteriormente una desilusión espantosa”. En el fondo, según el rudimentario pero convencido materialismo de Castelnuevo, la mutabilidad del escritor burgués se debe menos a su conciencia que a su cartera: lo que forma la conciencia humana “no es el complejo de Edipo. Ni la trilogía del sacramento. No se piensa con arreglo a la entrada mensual de ideas, sino con arreglo a la entrada material. Se piensa fundamentalmente en papel moneda”. Por eso había que creer menos en el “espíritu” del hombre burgués y más en su intestino, y había que practicarle no solamente el “psicoanálisis sexual”, sino también el “psicoanálisis social”. En el caso de Marañón, este “psicoanálisis social” mostraba, según Castelnuevo, que había sido siempre una “veleta” –en política, en ciencia y en literatura– y que el motivo fundamental de sus cambios de tema y opinión había sido siempre económico:

¿Estaba de moda el sexo? Hablaba o escribía sobre cuestiones sexuales. ¿Estaba de moda la masturbación? Hablaba o escribía sobre Amiel. ¿Estaban de moda las secreciones internas? Hablaba o escribía sobre las secreciones endocrinas y exocrinas. ¿Estaba de moda la república? Hablaba o escribía sobre Platón. ¿Qué rendía más? ¿Tocar el sacabuche o tocar la zampoña? Según lo que rindiese más, tocaba él la zampoña o el sacabuche. (Castelnuevo 1937: 2)

Astuto en su codicia, Marañón se había dado cuenta ahora de que España ya no era un “negocio” para él. Más negocio, sin duda, era un país como Uruguay, pero Castelnuevo advierte que lo esperaba un movimiento estudiantil muy preparado, así que “pudiera suceder que allí también al ilustre Marañón le saliese la ilustración por la culata. No sería el primero que va por lana a Montevideo y regresa a Salamanca con la cabeza afeitada”.

El sábado 13 de marzo de 1937 *El Pueblo* festejó con abundantes fotografías y noticias la llegada de Marañón a Montevideo. Después de un par de días de descanso y turismo, durante los cuales visitó al presidente Terra, comenzó el trabajo del científico, que consistió en una serie de conferencias sobre temas tan diversos como “Los factores hormonales del hombre”, “La psicología del destino” y “Observaciones sobre la medicina actual”. La reunión fundamental fue un protestado acto académico que se celebró el lunes 15 por la tarde en el Salón de Actos del Ministerio, y cuyos discursos fueron transmitidos por radio, transcritos al día siguiente en el diario oficialista y publicados después como libro.

En este acto, dio la bienvenida a Marañón Carlos Reyles, el último sobreviviente de la gran generación modernista de Uruguay. Hombre conservador e hispanófilo, fue de los pocos intelectuales uruguayos que apoyaban abiertamente a Franco. Su discurso resucitó las analogías entre Marañón y Unamuno, y de hecho llevaba como título, en la versión publicada en *El Pueblo*, “La voz extinguida de Unamuno renace en Marañón”. Para Reyles, estos dos viejos republicanos se asemejaban por su amor a la verdad y por su valentía a la hora de denunciar “sin eufemismos” la mentira: una mentira que, para ambos, se encarnaba en Moscú, en el “despotismo rojo” y en los “crímenes y la barbarie del Frente Popular bolcheviquizado”. Fue esta dis-

posición a atacar la mentira lo que los había enfrentado a una juventud apasionada pero irreflexiva, incapaz muchas veces de ver la verdad “desnuda”, y sometida a la siniestra influencia del comunismo (Reyles 1937: 4).

En su respuesta, Marañoñ no pudo dejar de hablar de España y de justificar su cambio de actitud sobre la República. Repitió dos argumentos ya planteados –que no había cometido ningún error y que ya no tenía sentido ser “liberal” en España– y luego abordó la cuestión de la juventud ya comentada por Reyles, y se dio el lujo (a sus cuarenta y nueve años de edad) de vanagloriarse de la juventud, hecha de libertad, optimismo y esperanza en el futuro de su país, que él mismo –como Fausto– había recuperado al escapar de la España republicana.

Los intelectuales antigubernamentales reaccionaron con estupor a esta prueba definitiva de la nueva postura de Marañoñ. La AIAPE (Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores) publicó un manifiesto de repudio declarando que “el doctor Marañoñ ha perdido su jerarquía en el campo de la cultura. Los intelectuales uruguayos no tienen interés ni en escuchar su palabra ni en estrechar su mano” (AIAPE 1937: 3). Carlos Quijano, director del periódico quincenario *Acción* (y futuro director de la prestigiosa revista *Marcha*), recordaba, en un texto titulado “Marañoñ y nuestra dictadura”, la importancia que había tenido la figura de Marañoñ como un luchador contra la dictadura de Primo de Rivera y como un “querido maestro de democracia, de humanismo, de libertad espiritual”. En la época del golpe de estado uruguayo de 1933 Marañoñ se había convertido en “un nombre limpio y prestigioso a cuya autoridad se recurrió con frecuencia en la lucha diaria contra el régimen”. Por eso, en la portada del primer número de *Acción* posterior al golpe, después de tres meses de censura, estamparon una frase del científico: “Para mí todas las dictaduras son plagas que se abaten sobre los pueblos; tal vez, como las plagas de Dios, cuando los pueblos han hecho todo lo posible por merecerlas”. El texto de Quijano termina con palabras que encarnan el dolor y el desconcierto que tantos intelectuales uruguayos sintieron, al ver a Marañoñ defender a Franco y recibir los agasajos de la dictadura de Terra:

Marañoñ ignorará quizá que en algún momento fue una de nuestras banderas, y más valdría que hasta nosotros lo ignoráramos. Pero lo que no ignora, ciertamente, es la clase de gobierno en cuyos brazos –y en cuya bolsa– se ha entregado. Y eso es algo que no se lo podemos perdonar.

He ahí por qué, aunque no hubiese sido un Judas para su heroico pueblo, bastaría esta connivencia suya con la dictadura uruguaya, dictadura de latrocinios, de fraudes y asesinatos, para que su personalidad moral mereciese nuestro repudio definitivo.

No se crea que es sin dolor que marcamos al huésped de hoy con el estigma de traidor. Que no en balde él fue para nosotros durante tanto tiempo un guía querido y un compañero que sentíamos muy cerca en la trinchera común. Pero así como el soldado, apretándose los dientes, pasa sobre los cadáveres de sus camaradas en el avance victorioso, seríamos indignos de la gran causa de la libertad humana, y comprometeríamos su triunfo, si no hiciéramos lo mismo con estos cadáveres morales que, de tanto en tanto, junto a nosotros, cruzan su cobarde deslealtad. (Quijano 1937: 7)

Marañón volvió brevemente a Uruguay a mediados de abril. Pronunció nuevas conferencias y, el día 17, fue homenajeado con un banquete de despedida en el Club Uruguay. Al día siguiente, las fotografías de *El Pueblo* muestran una larguísima mesa poblada de ministros y diplomáticos, entre los cuales figuran Carlos Reyles, el poeta Fernán Silva Valdés y el ya anciano pintor Pedro Figari. El discurso de despedida muestra cuánto le habían impresionado a Marañón las protestas contra su presencia y el apoyo a la República Española que había visto, a pesar de los esfuerzos de sus anfitriones, en Uruguay. Sobre todo le había impactado la “pasión política” de los jóvenes. “Siempre estuve con los jóvenes”, dijo en su discurso, con el “fervor” de los jóvenes, aunque discrepara a menudo de sus ideas. Una vez más, Marañón insistiría en que él hablaba “en nombre de esa juventud”, y se estaba dirigiendo, además, a unos oyentes que eran “jóvenes todos aun los del cabello blanco, porque vivís en una patria sin canas aún” (el cumplido es de dudoso gusto, sobre todo cuando se coteja con la gerontocracia de ministros y embajadores que muestran las fotografías de *El Pueblo*). Pero sus palabras iban más allá de ellos, para alcanzar también a “vosotros, a los más jóvenes, a los que he visto más alejados de mí, pero a los que estoy seguro, absolutamente seguro de llegar y de dejarles impresa mi lección”; a los jóvenes que le habían acogido con insultos, que habían boicoteado sus conferencias.

Había llegado a América dispuesto a “enseñar” las verdades de España, pero se dio cuenta en el camino de que lo único que lograba hacer era “defraudar”. Un joven que conoció en esos días, “hostil aunque cortés”, había dicho precisamente eso: “que yo les había, a ellos, a los de su generación, defraudado”. Marañón encontraría, en esas palabras, la justificación de su propia perspectiva y la juventud que encarnaba:

Yo le contesté que a eso había venido a América. A trabajar, a aprender y a defraudar a su generación. Hay que entregarse, hasta dejarse morir, al joven que habla por su propia cuenta. Nunca, nunca ante el joven que habla en nombre de su generación. La generación es una trinchera ilícita, donde se agazapa el que no tiene personalidad a la edad en que debería tenerla. Es decir, al que no es capaz del acto magnífico de defraudarse a sí mismo. Y, por lo tanto, al que los otros tienen que defraudar.

La generación defraudada se habrá roto, por ley inexorable de la vida, en unos cuantos años; y, entonces, recuperada la individualidad de los que hoy viven a expensas de la generación, sólo se acordarán, no de aquellos que los halagan, sino de los que supieron afrontar el riesgo de defraudarlos. (*El Pueblo* 1937: 2)

En efecto, en la pretendida “solidaridad” de esa “generación” joven y en los esfuerzos por superar la individualidad en agrupaciones, asociaciones y comités, había una traición al valor más alto de la juventud: la rebeldía, que no consistía “en gritar y en agitar los brazos ante los demás”, sino en una “rebelión trascendente”. Ante esos jóvenes desdibujados en la masa, Marañón podía considerarse a sí mismo, y a las autoridades que lo escuchaban, más legitimados que ellos para llamarse “jóvenes”. La crítica podría ser coherente y fiel a la trayectoria intelectual de Marañón, si no fuese porque éste no había llegado a cuestionar, en ningún momen-

to de su viaje, las amenazas a la individualidad planteadas por Franco y sus aliados Hitler y Mussolini, ni por el autoritarismo de su anfitrión y nuevo amigo Gabriel Terra.

Se puede intentar comprender las “mudanzas” de Marañón, entender lo traumática que debió de haber sido para él la estancia en Madrid, el miedo que debió de haber sentido y la opinión radicalmente negativa a la que había llegado sobre el comunismo. Esto no explica, sin embargo, ni sirve de justificación para ese subtexto implícito de apoyo al franquismo, al terrorismo y al fascismo que palpitaba en cada conferencia y cada declaración de prensa que había dado en Uruguay, y que no eran ya un producto del miedo, sino de la “claudicación” o del simple oportunismo, la seguridad creciente de cuál sería el bando ganador y la esperanza de ir cauterizando los odios que su larga trayectoria de republicano había inspirado entre los franquistas, para así encauzar los preparativos para su retorno a la España del Caudillo.

Quisiera terminar este trabajo con unas estrofas de una “Milonga para Gregorio Marañón”, leídas por Fernán Silva Valdés, uno de los fundadores de la vanguardia “nativista” de Uruguay, en uno de los banquetes de homenaje dedicados al español. Publicado en el diario *La Mañana*, conformaría más tarde, en *Romancero del sur* (1938), el toque americano en un libro que recupera con júbilo hispanófilo las raíces españolas mediante la forma del romance:

Aquí me pongo a cantar
Respetuoso y asombrado,
A Gregorio Marañón
El hombre, el artista, el sabio.

Lo cantaré por milonga
Que es la forma popular,
Pues los grandes hombres son
Del pueblo en primer lugar.

Milonga, canto del pueblo
A quien el pueblo dio luz,
Y que tiene cuatro puntas
Como la cruz de Jesús.

Milonga, la de los criollos;
Milonga, la de los gauchos:
Dentro de tus cuatro fierros
Yo voy a encerrar a un sabio. [...]

Mi canto es de guitarrero
Que de ser pueblo se ufana;
A Gregorio Marañón
Lo pongo en una guitarra.

Primero, en una milonga,
Ahora, en una guitarra;

En la guitarra que tiene
La perfecta forma humana.

Que tiene cuello y cabellos
En las cuerdas estiradas,
Y un agujero en el pecho
Para llenarlo de España.

Curvas también españolas
Y carne color canela,
Y cintajos de colores
Como mujer, como reina.

Milonga, la de los criollos
Milonga, la de los gauchos:
Dentro de tus cuatro fierros
Yo quiero encerrar un sabio.

Un sabio que se va pronto
Ignoramos hasta cuándo,
Lo encierro para que así
Al irse nos quede algo. (Silva Valdés 1937: 1)

BIBLIOGRAFÍA

- AIAPE (1937): "Ante la llegada del Doctor Marañón". *AIAPE*, Montevideo, I: 4, abril, p. 3.
- CASTELNUOVO, Elías (1937): "Caña fistula. Las mudanzas de Gregorio Marañón". *La Nueva España*, Buenos Aires, 7 de marzo, p. 2.
- DEL CIOPOPO, Atahualpa (1937): "El Doctor Marañón espera de Franco la salvación de España". *AIAPE*, Montevideo, I: 3, marzo, p. 7.
- EL PUEBLO (1937): "Digna despedida al Dr. G. Marañón en el Club Uruguay". *El Pueblo*, Montevideo, 18 de abril, p. 2.
- FRUGONI, Emilio (1937): "El irrevocable destino de la insurrección". *España Democrática*, Montevideo, I: 9, 18 de febrero, p. 4.
- GÓMEZ-SANTOS, Marino (1971): *Vida de Gregorio Marañón*. Madrid: Taurus.
- GRACIA, Jordi (2004): *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona: Anagrama.
- MARAÑÓN, Gregorio (1937): "Ante la más monstruosa de las pedanterías del crimen". *El Pueblo*, Montevideo, 12 de febrero, p. 16.
- QUIJANO, Carlos (1937): "Marañón y nuestra dictadura". *Acción*, Montevideo, V: 151, 30 de marzo, p. 7.
- REDONDO, Gonzalo (1993): *Historia de la Iglesia en España, 1931-1939*, vol. II. Madrid: Rialp.
- REYLES, Carlos (1937): "La voz extinguida de Unamuno renace en Marañón". *El Pueblo*, Montevideo, 16 de marzo, p. 4.
- SILVA VALDÉS, Fernán (1937): "Milonga para Gregorio Marañón". *La Mañana*, Montevideo, 26 de abril, p. 1.
- TRAPIELLO, Andrés (1994): *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*. Barcelona: Planeta.